

JESÚS DE NAZARET SE VA QUEDANDO SIN APOYOS

Introducción

El evangelio de San Marcos posee varios rasgos propios, entre otros, no trae relatos de la infancia (como Mateo y Lucas); inicia su evangelio con un Jesús adulto, cercano a Juan Bautista, y anuncia con su testimonio (kerygma) el Reinado de Dios. De otro lado, según los estudiosos, es el primer evangelio escrito, después de las cartas de Pablo consideradas los primeros textos del NT. El Evangelio de Marcos fue redactado hacia el año 70 del s. I; su autor tiene detrás una escuela literaria, respaldada por una comunidad cristiana; los esfuerzos por identificar a “Marcos” oscilan; el lugar de composición se lo disputan Roma, Alejandría y Damasco en Siria; hoy toma mucha fuerza esta última ciudad, donde hubo una primerísima comunidad cristiana.

Claves de Lectura

Como es apenas obvio, no hay una sola línea transversal en el Evangelio de Marcos, uno podría leerlo desde la óptica del reinado de Dios, del discipulado, la manifestación del reino en las parábolas, los milagros de Jesús, el secreto mesiánico, el descubrimiento del ‘*Hijo de Dios*’; el paso de Jesús de los judíos a los paganos; una escuela de formación; el papel de las mujeres en el evangelio; la crítica a las cabezas visibles de las nacientes comunidades cristianas... Por mencionar solo algunas perspectivas.

Dada la situación hoy de nuestro mundo, hay una clave de lectura muy actual: Marcos podría mostrarnos a un *Jesús que se va quedando sin soportes en su vida terrena*. En Mc 1,1 Jesucristo aparece como el Hijo de Dios; el autor y la comunidad inician con una auténtica profesión de fe. Y Mc 1,15, nos entrega ya el anuncio de Jesús En sus comienzos, Mc 1---2, este anuncio genera una ola de alegría y asombro que se convierte en una auténtica bola de nieve la cual crece cada día; es la primavera Galilea (Mc 1,22, 27-28; 33-34; 38-39).

El inicio Mc 1,1-20.

San Marcos inicia así (1,1-8) “*Comienzo del Evangelio (buena noticia) de Jesucristo, el Hijo de Dios*”: en cuatro palabras, queda dicho todo el misterio de Jesús de Nazaret. Este hombre, situado humano como nosotros, excepto en el pecado, es Cristo (el ungido), Hijo de Dios, es decir, a la vez rey, Mesías, el que cumple la espera del pueblo, pero también Hijo de Dios, es decir, Dios mismo... y aquí las esperas del pueblo elegido no solo fueron colmadas sino ampliamente superadas. Desde ahora, todo el evangelio de Marcos será el desarrollo de este primer versículo.

“Buena Noticia”: Una frase con mucha fuerza! En el sentido de “Gran noticia”, que será excelente; es el sentido de la palabra “evangelio”. En el siglo I, las grandes noticias oficiales, como el nacimiento de un rey o una victoria militar, eran llamadas ‘evangelios’. La encarnación de Jesús de Nazaret es la noticia del comienzo de un reino, el reino de Dios. Mateo, Marcos y Lucas no escribieron libros de recuerdos, biografías,

noticias o crónicas de Jesús de Nazaret; para ellos se trata de una Noticia extraordinaria y es buena! “*Crean en el Evangelio*”, quiere decir “*crean que la Noticia es buena*”. Esta buena noticia los evangelistas no pueden, ni quieren guardarla para ellos. Toman la pluma para decirle al mundo y a las generaciones futuras: Aquel a quien el pueblo de Dios esperaba ha llegado: Él le da sentido a la vida y a la muerte, abre nuestros horizontes, ilumina nuestros ojos ciegos, hace vibrar nuestros oídos endurecidos, pone en marcha nuestros miembros paralizados y llega hasta levantar los muertos. He ahí la Buena Noticia!

Contrario a los relatos de Mateo y de Lucas, el evangelio no comienza en Marcos con los relatos del nacimiento y de la infancia, sino con la predicación de Juan Bautista. “Juan Bautista apareció en el desierto”. Y Marcos cita al profeta Isaías: “*He aquí que envío a mi mensajero delante de ti para preparar tu camino. A través del desierto una voz grita: Preparen el camino del Señor, allanen su ruta*”. La frase es de Isaías en un texto que inicia con estas palabras soberbias: “*Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice su Dios*” (Is. 40,1).

Los evangelios casi nunca describen el vestido y el alimento de alguien. Pero Marcos lo hace con Juan Bautista porque tiene un significado especial: “Juan estaba vestido con piel de camello, con un cinturón de cuero alrededor de sus riñones y se alimentaba de langostas y miel silvestre”. Las langostas y la miel silvestre son el alimento del desierto, signo del ascetismo, pero también el desierto recuerda el inicio de la gran aventura de la Alianza de Israel con Dios: “*la aparición de Juan Bautista es la oportunidad de volver al desierto, para encontrarse con Dios*”. Es un recuerdo de la salida de Egipto.

En cuanto al vestido de piel de camello, era como el del profeta Elías (2 Re. 1, 8); un vestido para ser reconocido de lejos; Juan Bautista es, por lo tanto, presentado como el sucesor de Elías. En tradiciones judías, Elías regresaría en persona para anunciar la venida del Mesías. Se apoyaban sobre una profecía de Malaquías: “*He aquí que les voy a enviar a Elías, el profeta, antes de que llegue el día del Señor*” (Mal. 3, 23).

La espera del Mesías estaba viva en tiempos de Jesús. Las muchedumbres acudían en torno a Juan Bautista, nos dice Marcos, pero él no se deja enorgullecer por su gran éxito; Juan sabe que es una voz, un signo que anuncia a alguien más grande que él. Desengaña a quienes lo toman por el mesías y solo saca las consecuencias. Aquel a quien les anuncio es más grande que yo, y no soy digno de arrodillarme ante él y desatarle la correa de sus sandalias.

Como Elías y como todo profeta de Dios, Juan Bautista predica la conversión; y a todos los que quieran cambiar de vida, les propone un bautismo. No se trata solo de lavarse las manos antes de cada comida, como lo pedía la religión judía, sino de hundirse todo entero en el agua para manifestar la firme resolución de purificar su existencia; deben abandonar todos los ídolos. Entre los esenios, judíos radicales que vivían cerca al mar muerto, en tiempos de Juan Bautista y de Jesús, tomaban un baño de purificación por día para manifestar y mantener esta voluntad de conversión.

Pero Juan Bautista precisa: entre su bautismo y el que inaugura Cristo Jesús hay una diferencia fundamental. “*Yo los bautizo en el agua*”; es un signo que muestra su deseo de una nueva vida; el gesto de quien bautiza y el movimiento del bautizado son gestos de seres humanos. Pero el gesto de Cristo Jesús será el gesto mismo de Dios: “*Él los bautizará en Espíritu Santo*”. Dios mismo transformará a su pueblo al darle su Espíritu. Juan Bautista ve en la venida de Jesús el cumplimiento de la promesa del profeta Joel: “*Extenderé mi espíritu sobre toda carne*” (Joel 3, 1).

Si Dios nos llena de su Espíritu, nos dispone para la misión, nos convierte, nos purifica, nos limpia. Esta pureza en sentido religioso tiene el mismo sentido que en la química: se habla de un cuerpo que es puro cuando está sin mezclas. El corazón puro es aquel que todo entero está dirigido hacia Dios, ha vuelto la espalda a los ídolos (de la misma manera que San Juan, hablando de Jesús en el Prólogo dice: “Él estaba en Dios”).

Además, esta purificación no es obra nuestra, no está a nuestro alcance; ella es obra de Dios. Para purificarnos, nos dice Juan Bautista, Dios va a llenarnos del Espíritu Santo. Nosotros solo tenemos que dejar hacer y acoger el don de Dios.

El resto del Evangelio: Marcos 1,21--- 16,8

Ya en Mc 1,21-28 Jesús profana el sábado porque trabaja y cura un endemoniado en medio de la sinagoga de Cafarnaúm; y no mancilla el día de descanso una sola vez, en Mc 2,23-28, sus discípulos arrancan y comen las espigas en el día sábado; y de nuevo, Jesús cura en la sinagoga al hombre de la mano paralizada un día sábado (Mc 3,1-6). Si estaba vigente la prescripción de Ex 31,14, ya aquí habría motivos suficientes para asesinar a Jesús.

En la curación del paralítico (Mc 2, 1-12) a pesar del asombro de las muchedumbres, los escribas consideran a Jesús un blasfemo. En Mc 2, 23-24, los fariseos cuestionan que los discípulos de Jesús no ayunan como otros judíos. Con estos datos los fariseos y los herodianos se confabulan para eliminar a Jesús (Mc 3,6). En síntesis, la primavera Galilea duró muy poco, fue flor de un día. Desde muy temprano Jesús ya es reo de muerte; pierde soportes.

Después del conflicto con escribas, herodianos y fariseos, Jesús enfrenta ahora la incompreensión de su familia. Los parientes lo consideran un ‘*loco*’ (Mc 3,21); y Jesús amplía los lazos de sangre, su nueva parentela, su madre y sus hermanos, la conforman ahora quienes cumplen la voluntad de Dios (Mc 3,35).

De camino hacia Jerusalén le salen al encuentro un grupo de escribas y fariseos venidos de la capital (Mc 7,1-23), en este diálogo Jesús deja por el suelo las normas sobre los alimentos y las impurezas producidas por comer sin lavarse las manos. Su conflicto va tocando a los líderes religiosos de Jerusalén. Mezclado con este frente de oposición, aparecen ahora los tres anuncios de la pasión de Jesús a sus discípulos (Mc 8,31; 9,31; 10,32-34), los ha formado desde Mc 3,13-19, ellos lo acompañan en este camino hacia

Jerusalén, y a pesar de los tres mensajes, los discípulos piensan más en sus intereses personales: *los primeros puestos en el grupo* (Mc 10,35-45).

Llegado a Jerusalén pierde el reconocimiento de los sumos sacerdotes por la expulsión de los vendedores del templo (Mc 11,15), y por la controversia sobre su autoridad (Mc 11,27); se confronta con los herodianos de Jerusalén por el tributo al César (Mc 12,13), e del mismo modo con los saduceos por la resurrección de los muertos (Mc 12,18).

También en Jerusalén uno de los suyos lo traiciona, Judas (Mc 14,10); el líder, Pedro, lo niega ante de una criada del servicio (Mc 14,66); tres de sus más cercanos se duermen en el momento definitivo: en Getsemaní (Mc 14,37.40); y ante el arresto de Jesús, los discípulos *‘abandonándole huyeron todos’* (Mc 14,50). Asimismo el poder romano en la persona de Pilato condena a Jesús (Mc 15,15). Y por último, en la cruz, Jesús grita: ***“¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”*** (Mc 15,34).

Pero allí donde se acaban los apoyos históricos, donde las palabras humanas terminan, donde desde el punto de vista de los seres humanos nada más se puede hacer, allí donde el sufrimiento y el abandono son totales, allí aparece el Padre de la vida, para validar y entregar la última palabra sobre una existencia que se gasta como la de Jesús: el Padre lo resucitó de entre los muertos, para vencer de manera definitiva todo el mal con la fuerza del bien (Mc 16,6): ***Jesús de Nazaret, el Crucificado, ha sido levantado, por el Abba, de entre los muertos.***

Una existencia desgastada a la manera de Jesús, muchas veces sin apoyos ciertos, cuenta con el visto bueno de Dios Padre. Los cristianos de ayer, como los seres humanos de hoy en este pedazo de patria, abandonados, expuestos a la violencia y al sufrimiento pueden tener la certeza del Padre de Jesús, nuestro Padre, quien siempre pronunciará la última palabra sobre nuestra vida en esperanza y verdad.